

tar pacientemente los sufrimientos físicos, que le condicionaban seriamente la vida diaria. Todo lo supo aceptar sin reservas y sin lamentarse, transformando la enfermedad en preciosa ofrenda al Altísimo y en una ocasión de profunda unión con el Crucificado.

La nueva beata nos comunica a nosotros, los cristianos de hoy, que es posible armonizar la oración y la acción, la contemplación y el trabajo, según un estilo de vida que nos lleva a fiarnos de Dios y a sentirnos expresión de su voluntad, la cual hay que vivir en todo momento. Además, nos enseña que bello y atrayente es el poseer la capacidad de escuchar y una actitud siempre alegre incluso en las situaciones más dolorosas. Guadalupe se presenta así ante nuestros ojos como un modelo de mujer cristiana siempre comprometida allí donde el designio de Dios ha querido que esté, especialmente en lo social y en la investigación científica. En definitiva, fue un don para toda la Iglesia y es un ejemplo valioso a seguir.

Su riqueza de fe, esperanza y caridad es una admirable demostración de cuanto el Concilio Vaticano II ha afirmado sobre la llamada de todos los fieles a la santidad, especificando que cada uno persigue este objetivo «siguiendo su propio camino» (*Lumen gentium*, 41). Esta indicación del Concilio encuentra hoy una realización cumplida con la beatificación de esta mujer, a cuya oración e intercesión recurrimos para que seamos siempre mejores testigos de la luz de Cristo y lám-

paras que iluminen las tinieblas de nuestro tiempo.

Sí, invoquémosla: ¡Beata Guadalupe, ruega por nosotros!

*Mons. Fernando Ocariz en la Misa de acción de gracias, Vistalegre Arena, Madrid (19-V-2019).*

El actual tiempo litúrgico está caracterizado por la alegría ante la resurrección de Jesucristo. Todavía permanece en nuestra memoria la experiencia de aquel discípulo joven que, frente al sepulcro vacío de Jesús, «vio y creyó» (*Jn 20,8*). Se trató del suceso más decisivo de la historia: Dios que se hace hombre y vence al pecado y a la muerte. Acontecimiento decisivo para la vida de cada uno de nosotros. Y hoy, con esta alegría pascual, agradecemos a Dios la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landázuri, proclamada por el Papa Francisco como modelo de santidad.

En el salmo de la Misa, hemos elevado un canto de júbilo: «Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, (...) que hablen de tus hazañas» (*Sal 144,10-11*). Innumerables son las hazañas que ha realizado Dios a lo largo de la historia; sobre todo, la encarnación redentora del Hijo de Dios en Jesucristo, en quien se nos ha revelado plenamente que «Dios es amor» (*1 Jn 4,8*).

Las hazañas de Dios no han terminado; su poder se sigue manifestando en la historia. A san Josemaría le gustaba recordar, con las palabras del profeta Isaías: *Non est abbreviata manus Domini (Is 59,1)*:

«No se ha hecho más corta la mano de Dios: no es menos poderoso Dios hoy que en otras épocas» (*Es Cristo que pasa*, n. 130). El mismo Señor quiere seguir manifestándose de muchos modos; también a través de los santos. Cada santo es una hazaña de Dios; una manera de hacerse presente en nuestro mundo; es «el rostro más bello de la Iglesia» (Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 9).

Guadalupe Ortiz de Landázuri es el primer fiel laico del Opus Dei propuesto por la Iglesia como modelo de santidad. Antes ya lo habían sido su fundador, san Josemaría, y su primer sucesor, el beato Álvaro. Esto nos recuerda especialmente la llamada que Dios nos hace a todos para que seamos santos, como predicó san Josemaría desde 1928 y constituye una de las principales enseñanzas del Concilio Vaticano II (cfr. *Lumen Gentium*, cap. V). Esto es lo que la nueva beata procuró llevar a las personas que le rodeaban: la convicción de que la unión con Dios está, con la gracia divina, al alcance de todos, en las circunstancias de la vida ordinaria.

A sus treinta y siete años, desde México, Guadalupe explicaba en una carta al fundador del Opus Dei: «Quiero ser fiel, quiero ser útil y quiero ser santa. La realidad es que todavía me falta mucho. (...). Pero no me desanimo, y con la ayuda de Dios y el apoyo de usted y de todos, espero que llegue a vencer» (Carta del 1-II-1954). Ese breve apunte, «Quiero ser santa», es el desafío que aceptó Guadalupe para su vida y que la llenó de felicidad. Y para conseguirlo no tuvo que hacer co-

sas extraordinarias. A los ojos de las personas que le rodeaban era una persona común: preocupada por su familia, yendo de aquí para allá, terminando una tarea para empezar otra, tratando de corregir poco a poco sus defectos. Allí, en esas batallas que parecen pequeñas, Dios realiza grandes hazañas. También las quiere realizar en la vida de cada una y cada uno de nosotros.

Las lecturas de esta Misa también nos llevan a considerar algunas actitudes propias del cristiano. En la primera, vemos a Pablo y a Bernabé visitando comunidades cristianas que se habían formado durante aquellos primeros años. Los dos se habían lanzado, desde hacía poco tiempo, a dar a conocer a Cristo entre toda clase de personas. La gente recibía con sorpresa su testimonio: unas veces con efusividad, incluso creyéndolos dioses (cfr. *Hch* 14,11), y otras veces con rechazo violento. Esta vez, por ejemplo, Pablo acababa de ser apedreado en Listra por una muchedumbre agitada por personas llegadas de Iconio y Antioquía. Después de golpearlo, lo habían arrastrado fuera de la ciudad y abandonado allí, pensando que estaba muerto (cfr. *Hch* 14,19). Sin embargo, la lectura de hoy es sorprendente: nos dice que «Pablo y Bernabé volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, animando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe» (*Hch* 14,21-22). No se contentaban con reservar solo para ellos la alegría de haber recibido a Cristo en sus vidas. Necesitaban contar al mundo que existía una paz más profunda que habían encontrado, finalmente, junto a Jesús. Consideraban que esta misión era lo más

importante, por encima de su bienestar material, de sus comodidades o de su situación social. Y esto hace que vuelvan a la ciudad, a pesar de que allí estaban quienes se oponían a su mensaje. Regresan a confortar, a rezar y a ofrecer sacrificios (cfr. *Hcb* 14,22-23). No regresan a devolver mal por mal, sino –como le gustaba repetir a san Josemaría– a ahogar el mal en abundancia de bien (cfr. *Surco*, n. 864).

La beata Guadalupe también descubrió la importancia y la alegría de llevar a las personas el consuelo de la amistad con Cristo. Lo hizo impulsada por su encuentro con san Josemaría y con el Opus Dei. Y desde entonces, su historia, en muchas cosas tan parecida a la nuestra, se empezó a transformar, más vivamente, en una hazaña de Dios. Ella también tuvo que hacer numerosos viajes: Madrid, Bilbao, México, Culiacán, Monterrey, Tacámbaro, Roma... También tuvo que hacer frente a tareas que exigían mucho trabajo, a una enfermedad del corazón que le quitaba fuerzas, a una multitud de dificultades cotidianas. Pero comprendió que lo mejor que podía dar era lo mismo que san Pablo: llegar a la identificación con Cristo, y con Él y en Él confortar con la alegría del Evangelio a las personas que encontraba en su camino. Estar disponible para los demás. Un día, pensando en toda esta tarea que tenía por delante, escribió a san Josemaría: «Y todo esto, conociéndome a mí como me conoce, ¿verdad que me viene grandísimo? Pero no me desanimo ni me asusto, solo le pido una oración para que nunca, en nada, por pequeño o grande que sea, deje de hacer

lo que Dios quiere» («Letras a un santo. Cartas de Guadalupe Ortiz de Landázuri a san Josemaría Escrivá», carta del 15-III-1951).

Nosotros también tendremos dificultades en nuestro camino: momentos de cansancio, dolores físicos, incomprendiones... Entonces es el momento de recordar la actitud de los santos: encontrar, en nuestra relación con Jesús, la manera de dar ánimo, confortar y llenar de bien el lugar en el que nos encontremos. En este sentido, en la segunda lectura hemos escuchado estas palabras del Señor: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (*Ap* 21,5). Es apoyándonos en Él como podremos, a pesar de nuestra poquedad y debilidad, ser para los demás «consuelo de Dios».

En el Evangelio de esta Santa Misa, nos encontramos con el mandamiento nuevo: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Jesús señala que esa será la manera de identificar a un cristiano a lo largo de los siglos: si somos portadores de su amor, con un amor desinteresado hacia todas las personas como hijas de un mismo Padre. Esta ha sido la principal característica de los santos. A la nueva beata Guadalupe Ortiz de Landázuri le permitió tender puentes y ofrecer su amistad a personas de todo tipo: gente alejada de la fe, gente de países muy distintos y de edades muy variadas.

Dentro de pocos minutos se repetirán las palabras que Jesús pronunció en la última cena. Entonces, se hará presente en cuerpo, sangre,

alma y divinidad. Preparémonos para recibirle y así poder abrirnos más plenamente a las hazañas que Dios quiere realizar a través de cada uno de nosotros. Dejemos que el Señor nos vaya transformando por medio de la eucaristía y que siga escribiendo la verdadera historia de nuestro mundo. Pidamos también ayuda a nuestra Madre, *Regina Coeli*, que nunca nos falte ese deseo de santidad que movió a Guadalupe a querer llevar por todo el mundo el amor y el consuelo de Jesucristo. Así sea.



*Mons. Fernando Ocáriz en la Misa de acción de gracias, basílica de San Eugenio, Roma (21-V-2019)*

«Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios» (*Sal* 102,2). Con este salmo, que hemos cantado hace unos minutos, manifestamos también nuestra alegría por la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landáuzuri. Y, mientras agradecemos al Señor y al Papa Francisco haber propuesto a Guadalupe como modelo de santidad, no olvidemos -como nos invita el salmista- todos los beneficios, todas las misericordias que tiene el Señor con nosotros.

Al mirar la vida de Guadalupe, entre la riqueza de aspectos que se pueden resaltar, uno de los que llaman especialmente la atención es su alegría. Se trataba de una alegría profunda, no superficial, que generaba serenidad en los momentos difíciles, que le permitía ser amable con personas muy

diversas, que era compatible tanto con el trabajo intenso como con el descanso... ¿Cómo podemos conseguir que la alegría sea una realidad permanente en nuestra vida? Esa alegría sobrenatural nace de la unión con Dios.

En la primera lectura, vemos que los primeros cristianos ponían a disposición de los apóstoles todos sus bienes, no sólo los materiales; podemos imaginar que lo harían también con sus talentos personales. Esta actitud solo puede ser consecuencia del convencimiento de que nuestros propios planes no son la última palabra: Dios siempre sabe más.

La alegría y la fecundidad quien confía en Dios han sido constantes en la historia de la salvación. Abraham entregó su futuro a Dios y llegó a ser origen de una inmensa descendencia (*Gen* 12,1-2). Moisés puso su futuro en manos de Dios y liberó a los suyos de la esclavitud (*Ex* 3,10). Los profetas entregaron su futuro a Dios y se convirtieron en su voz ante el pueblo (*Jer* 1,9). Los apóstoles abandonaron su futuro en Dios y llegaron a ser las columnas de la Iglesia (*Mt* 4,19). Todos tuvieron que superar, de alguna manera, sus cálculos humanos para responder a la llamada del Señor. Ninguno se lanzó a una empresa absolutamente controlada. San Josemaría, que se lanzó a seguir el querer de Dios para fundar el Opus Dei sin ningún medio humano, escribió, justamente durante aquellos primeros años, que la alegría sobrenatural «procede de abandonarlo todo y abandonarse